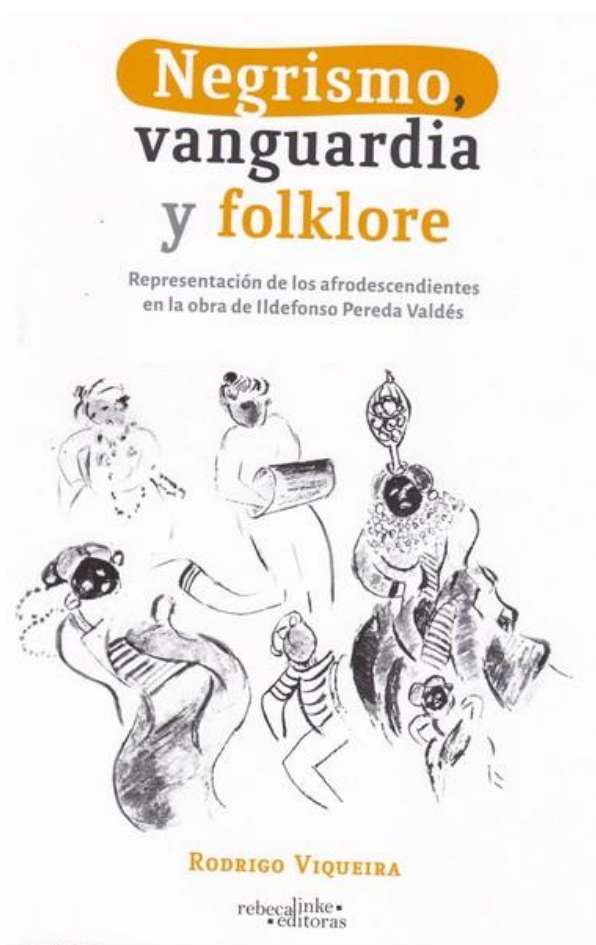


**Viqueira, Rodrigo. *Negrismo, vanguardia y folklore. Representación de los afrodescendientes en la obra de Ildelfonso Pereda Valdés (1925-1935)*. Montevideo: Rebeca Linke editoras, 2019. 174 págs.**

**Gonzalo Aguiar Malosetti**  
Florida Atlantic University, United States

El estudio de Viqueira ilustra la importancia de actualizar el debate crítico sobre las operaciones de traducción (y distorsión) cultural con que ha sido mediado históricamente el aporte de los afrodescendientes uruguayos a la identidad nacional. Escogiendo con gran acierto los diez años en que Ildelfonso Pereda Valdés (1899-1996), un intelectual canónico también vinculado a los campos de la política y del derecho, pasó de la celebración vanguardista occidental del arte “negro” a un ensayismo experimental enfocado en el encuadre histórico y antropológico de los afrodescendientes en el Uruguay, el autor logra enlazar dos dramas concurrentes con el desarrollo de la modernidad en América Latina.

En primer lugar, se aprecia el drama étnico-racial como resultado del modelo cívico que el país implementó alrededor del Centenario de la primera Constitución de la república (1930). Proyectado en un país ajeno a la ideología política del mestizaje, el pacto social creado en ese periodo fomentó políticas de asimilación cultural abocadas a la estatización de tradiciones,



símbolos y prácticas culturales de los afrodescendientes. De esta manera, al silenciamiento de la comunidad afrouruguaya se sumó la cooptación de los signos materiales y simbólicos con que la misma comunidad difería (en el sentido de “aplazar” pero también de “diferenciarse”) su incorporación al cuerpo colectivo. El resultado fue claro: mientras que en el siglo XIX la comunidad afrouruguaya fue forzada a adaptarse a un modelo de civilización que fomentaba la marginalización social del “otro” racial basado en criterios biologicistas, el siglo XX se convirtió en el campo de batalla ideológico contra la caracterización de la comunidad afrouruguaya como una cultura “oral” cuya contribución se limita al carnaval y al candombe, dos espacios artísticos distintivos actualmente incorporados al repertorio de la cultura global. De manera similar a lo ocurrido con el samba durante la administración de Getúlio Vargas en Brasil, el candombe fue identificado como música distintiva del Uruguay y significó la legitimación de ciertos rasgos culturales a expensas de una consideración profunda del legado de los afrodescendientes.

En segundo lugar, el libro de Viqueira explora alguna de las técnicas de la biografía intelectual al centrarse en el drama individual de Ildefonso Pereda Valdés como representante de la élite letrada del país. Tal como lo afirma el autor a lo largo de los cinco capítulos que componen su estudio, la trayectoria intelectual de Pereda Valdés evidencia “oscilaciones” conceptuales en torno al mundo afro. Los problemas en el orden de la cultura pasan a tener otra gravitación en el análisis de los aportes de Pereda Valdés a la cuestión racial en el Uruguay cuando “no existe en el autor una asunción cabal de la problemática que supone la representación de lo afro desde su lugar de intelectual blanco, universitario y de clase media” (113). En este sentido, cabe preguntarse sobre el papel ambiguo que tuvo Pereda Valdés en la divulgación entusiasta de la cultura afrouruguaya. Por un lado, el reconocimiento crítico del legado de los afrodescendientes permitió el debate sobre manifestaciones de la cultura popular que estaban empujando las fronteras discursivas de la ciudad letrada. Por otro lado, el esfuerzo poético y hermenéutico de Pereda Valdés reveló también su dependencia de nomenclaturas esencialistas con el objeto de fijar en una incómoda atemporalidad al sujeto negro. Es importante notar que el núcleo del trabajo de Pereda Valdés en el decenio 1925-1935 precede a un cambio epistémico en relación al tratamiento de racionalidades espacio-temporales alternativas al Eurocentrismo hegemónico. Viqueira deja bien en claro que Pereda Valdés no establece la distinción entre “raza” y “cultura” en su trabajo, lo que obliga a este último a considerar lo afro como un “conglomerado biológico-cultural-psicológico” (149) que claramente está en las antípodas del giro decolonial sobre raza y etnicidad en América Latina. Este permanente

conflicto con el lenguaje y con la experiencia *con* y *sobre* lo afro por parte de Pereda Valdés, lector especializado y turista-cronista a caballo entre varias disciplinas “científicas”, es lo que hace de este libro una lectura de sumo interés para la revisión del canon nacional.

La introducción establece la premisa central que guía el trabajo de Viqueira. Entender las correspondencias entre literatura, etnicidad, vanguardia y nación en una figura de la autoridad simbólica de Pereda Valdés (11) implica la atención a un conjunto de redes intelectuales y referenciales que posicionan al autor uruguayo dentro de una jerarquía de discursos sobre lo afro en las primeras décadas del siglo XX. Los tres puntos principales del argumento de Viqueira (la autoridad simbólica de las vanguardias históricas para representar lo afro, el negrismo y el papel de Pereda Valdés dentro del movimiento, la problematización del discurso intelectual blanco acerca de lo negro en los ensayos antropológicos de este autor) establecen el marco interpretativo desde el cual entender la obra de uno de los pioneros en los estudios de afrodescendientes en el Uruguay.

Los capítulos 1 y 2 se encargan de situar el fervor vanguardista de Pereda Valdés en el contexto artístico y etnográfico que dio origen al *negrismo* como movimiento básicamente literario de variadas fuentes culturales, ideológicas y espirituales. El capítulo 1 expone algunas de esas fuentes demostrando que el cosmopolitismo poético de la primera fase de Pereda Valdés se fundamentaba en una reapropiación del primitivismo vanguardista cuya ductilidad expresiva fue aprovechada por el autor en sus publicaciones tempranas (27-28). Aun cuando la afirmación de Viqueira acerca de que el negrismo fue directamente inspirado en el primitivismo celebrado por la vanguardia europea sea discutible (17), de todos modos, la retórica celebratoria es importante a la hora de analizar el impacto que la bailarina y actriz norteamericana Josephine Baker causó al joven poeta en ocasión de su visita a Montevideo en 1929 (23). La condensación poética que el autor realiza de los aspectos raciales y erótico-sexuales de *la femme noire* es un ejemplo entre muchos de las reapropiaciones interpretativas que el tema de la raza tuvo en ese tiempo, desde los textos pioneros del poeta puertorriqueño Luis Palés Matos a la influencia de los trabajos antropológicos de Fernando Ortiz (30-34). El capítulo 2 examina alguna de estas influencias en la poesía negrista de Pereda Valdés, donde se nota en *La guitarra de los negros* (1926), por ejemplo, el “punto de unión entre lo cosmopolita-moderno y lo local-americano” (53).

Si bien el capítulo 2 hubiera podido tener un mayor rigor en torno al análisis de la recepción crítica del negrismo de Pereda Valdés (74-77), los breves pasajes interpretativos que Viqueira

efectúa de los poemas del autor dejan en claro una cierta tensión entre lo local y lo global, entre el nativismo uruguayo y el cosmopolitismo vanguardista. Esto se vincula a fin de cuentas con las contradicciones y ambigüedades del negrismo, tema del capítulo 3. Partiendo del afán americanista del autor y sus fructíferos contactos con el modernismo brasileño, el capítulo continúa tratando el problema de la invisibilización étnico-racial a través de poéticas de representación que “tropicalizan” la experiencia del sujeto afrouuguayo.

El capítulo 4 trata de la siguiente iteración en la trayectoria intelectual del autor uruguayo, esta vez enfocada en preocupaciones etnográficas que acentúan el deseo de capturar lo “real” del mundo cultural afro. El capítulo es rico en referencias a las revistas de afrodescendientes que entre las décadas del 20 y del 30 marcaron la presencia fuerte de una intelectualidad negra interviniendo de manera activa y militante en los circuitos de producción cultural. Las relaciones del autor con la comunidad afrouuguayaya es un punto de indiscutible actualidad en términos de la discusión sobre las relaciones raciales en el Uruguay. Viqueira concluye de manera provisoria que en dicha aproximación “se renegocian las relaciones entre el intelectual blanco y los sujetos populares representados en su obra” (99).

El capítulo 5, en mi opinión el más significativo del estudio del Viqueira, ahonda en las disputas que hubo entre Pereda Valdés y los letrados afrouuguayos acerca de los modos de representación de la experiencia de los afrodescendientes en el Uruguay. Lo que estaba en juego era la propia identidad del sujeto negro y su lugar en una sociedad homogeneizada por valores eurocéntricos. Describiendo la influencia directa o indirecta que tuvieron ciertos nombres del pensamiento brasileño sobre cuestiones raciales en la obra ensayística de Pereda Valdés (Nina Rodrigues, Arthur Ramos, Mário de Andrade, Gilberto Freyre), Viqueira es convincente cuando argumenta que el autor uruguayo, en sus viajes al Brasil como “turista/observador”, no llegó a superar los límites conceptuales de un folklorista deslumbrado por alternativas formas de sociabilidad a las que inevitablemente accedía desde fuera (135).

Esa exterioridad de la mirada de Pereda Valdés, la inabordable frontera epistemológica que hace “visible el peligro homogeneizante de su mirada afro-trans-americana” (155), es de suma importancia en las conclusiones generales. El valioso estudio de Viqueira, necesario para entender las estrategias de representación empleadas por la mediación letrada para dar cuenta de comunidades históricamente marginalizadas, estimula nuevas interrogantes sobre la construcción hegemónica del sujeto afrodescendiente. Si bien la comunidad afrouuguayaya consiguió negociar

en la esfera pública la inclusión de ciertos símbolos identitarios, de todas maneras, persisten en el tejido social actitudes discriminatorias que contradicen los valores democráticos característicos del proceso cívico nacional. Tal como sostiene Viqueira, “lo que está en debate es el lugar de los afrodescendientes en la cultura y sociedad uruguayas” (156). En este sentido, el autor ha logrado actualizar exitosamente desde el campo de la crítica literaria un debate en curso y multidisciplinario.